



MENCHU
GARCERÁN

*La fórmula
deseada*



TERCIOPELO

La fórmula deseada

Menchu Garcerán



TERCIOPELO

Prólogo

Un chasquido rasgó el silencio arrancando a Diana del mundo en el que se encontraba inmersa. Llevaba desde primera hora de la mañana repasando los últimos datos del descubrimiento que había hecho el día anterior. Ese hallazgo bien merecía un repaso exhaustivo. Apartó la vista de la pantalla del ordenador y miró hacia la puerta. No había nadie. Se encogió de hombros y retomó su trabajo. Otro crujido, esta vez más fuerte, le hizo soltar el bolígrafo con exasperación.

—¿Álex? —preguntó pensando que se trataba de su colaborador. Como siguiera allí, la iba a oír. Creía que lo había mandado a casa, pero por lo visto no lo había conseguido.

Alejandro era el típico científico. Larguirucho, desgarrado y bastante despistado eran las palabras que lo describían, pero también era de una ayuda inestimable. Él la había asistido en todo el proceso de sintetización del principio activo y posterior estudio preclínico. Aunque no solían experimentar con animales, habían llegado a una fase en la que los necesitaron para probar la efectividad del compuesto, y la asistencia de Álex había sido básica. Los trataba con cuidado, era muy meticuloso con sus tareas y no le importaba quedarse hasta tarde para terminar un trabajo. Siempre decía que le gustaba trabajar con ella porque contagiaba su entusiasmo por todo lo que hacía.

—¿Álex? —repitió esta vez más alto.

Nadie respondió. Si se hubiera tratado de su compañero, ya habría aparecido. Dispuesta a enfrentarse al intruso, abandonó el taburete, dejó los papeles sobre la mesa de trabajo y se dirigió a la salida. Se detuvo en la puerta y escuchó. Silencio. No

podía ser. Había oído con claridad los ruidos y sabía que no estaba sola. Se volvió hacia la izquierda y se encaminó a su despacho, donde guardaba toda la documentación relacionada con la investigación. Era posible que después del descubrimiento se hubiera vuelto algo paranoica, pero le había costado mucho llegar hasta allí y no estaba dispuesta a que alguien se aprovechara de todos sus esfuerzos. Bastante tenía con su jefe, se dijo. Él no necesitaba robar el material, de hecho, ya lo tenía en sus manos. La luz que había apagado estaba encendida, lo que provocó que se encendieran en su cerebro un montón de alarmas y una buena dosis de cabreo. Detuvo sus pasos y prestó atención. No parecía que hubiese nadie, sin embargo, teniendo en cuenta que había llegado casi como una tromba, era muy posible que el merodeador la hubiese oído.

Reanudó la marcha con más cuidado. Despacio. Los zapatos, con suela de goma, chirriaban un poco sobre el terrazo del suelo, lo que la hizo maldecir en silencio. Asomó la cabeza con cautela y observó un montón de folios dispersos por el suelo. Ahí se acabó la precaución. La furia sustituyó al miedo y entró dispuesta a enfrentarse a quien hubiera osado causar aquel destrozo.

Fue lo último que pensó. Nada más entrar en la habitación, un golpe en la parte posterior de la cabeza la transportó a la más absoluta oscuridad.

Capítulo 1

Un férreo dolor en la nuca se abrió paso a través de su recién recuperada conciencia. Abrió los ojos despacio, vio lo que tenía delante y volvió a cerrarlos con fuerza. Al instante, los abrió de nuevo. La figura seguía allí, no se había movido ni un ápice. Su cerebro funcionaba despacio, claro que a lo mejor ni siquiera funcionaba. Sería eso; había muerto y estaba en el cielo. La prueba era el ángel que tenía delante. Siempre había oído decir que los ángeles no tienen sexo. Mentira. Ese lo tenía y era masculino. Sin duda. Un ángel negro, de pelo oscuro y ojos de un imposible color dorado. Olía a cuero; con toda seguridad provenía de su chaquetón, tan negro como su cabello. Diana pensó que sus labios debían de estar adornados por una sonrisa muy tonta, pero aquella visión la hacía sentirse en la gloria. La sonrisa se transformó en un gesto de malestar cuando aquel ser celestial la sacudió. Parecía que le gritaba. Era imposible porque los ángeles ni gritaban ni zarandeaban a los recién llegados al paraíso. Ese, en concreto, debía de tener muy mal genio, se dijo mientras volvía a cerrar los ojos.

—Señorita Manetti, despierte. No se le ocurra dormirse.
—Adam la movió con una suavidad que contradecía el tono de su voz. No podía permitir que volviera a quedarse inconsciente.

Nada más llegar a España, Adam había decidido que antes de ir al hotel pasaría por la oficina. Quería encontrar a Armiñana antes de que este se fuera a casa, pero no lo había conseguido. El guardia de seguridad le informó de que la única per-

sona que quedaba en el edificio era la señorita Manetti. Puesto que ella era la causa de su viaje, pensó en adelantar trabajo y fue en su busca. Al parecer la había encontrado, aunque no en muy buenas condiciones. Pero ahí estaba, tumbada en el suelo en una postura algo forzada. La bata blanca, dos tallas más grande de la que necesitaba, contrastaba con los ceñidos vaqueros que se ajustaban con perfección a sus piernas, en ese momento retorcidas. Un escalofrío le recorrió todo el cuerpo al pensar en cuál podía ser el resultado de aquella posición. Se arrodilló a su lado y comprobó que estaba viva. Inconsciente pero viva. Un suspiro de alivio salió de sus labios. Paseó las manos por su cuerpo para comprobar los daños; un bulto en la cabeza indicaba el sitio donde se había golpeado. Ya más tranquilo, la observó con detenimiento. Tenía una espesa melena del color del trigo, salpicada de hebras algo más claras. Sabía que era suave porque se había deslizado entre sus dedos mientras le examinaba la cabeza. Durante unos segundos había podido ver de cerca sus ojos, de un profundo azul oscuro, algo nublados por las consecuencias del golpe. Y quería volver a verlos. Debía hacerla volver en sí; si no lo hacía, sería necesario pedir ayuda.

—Señorita Manetti, ¿me oye? —Seguía arrodillado a su lado, preguntándose qué habría pasado. ¿Se habría caído o la habrían atacado? Si era lo segundo, tenían un problema.

Ella se removió y volvió a abrir los ojos, y los fijó en él con extrañeza. Intentó incorporarse a la vez que decía algo ininteligible.

—No se mueva —le indicó él mientras apoyaba una mano grande y morena sobre su hombro—. ¿Le duele algo?

Ella se llevó una mano a la nuca e hizo un gesto de desagrado. Él detuvo el movimiento.

—No se toque. Tiene un bonito chichón. ¿Algo más?

Diana se limitó a negar con un breve movimiento de cabeza.

—¿Puede verme bien?

Sus ojos enfocaron la mirada sobre el atractivo rostro que se inclinaba hacia ella. Lo veía bien. Muy bien. Demasiado bien. ¡Oh, Dios! Seguro que no era real y estaba herida de verdad.

Adam vio la expresión de pánico de la chica y pensó lo peor.

—No se preocupe —habló con voz tranquilizadora—, voy a llamar a una ambulancia. —Hizo un amago de sacar el teléfono.

Cuando comprendió lo que iba a hacer, ella lo detuvo sujetándole la mano. Nada más rozar su piel, surgió una especie de descarga eléctrica que, a juzgar por sus expresiones, había alcanzado a ambos. Él decidió ignorarlo y ella consiguió decir:

—Estoy bien.

—Entonces voy a ayudarla a sentarse. Lo haremos despacio. —Ella se estremeció ante el segundo significado que esas palabras podrían tener en otra situación diferente a aquella. ¡Diablos! Estaba peor de lo que creía si su mente se perdía por aquellos derroteros—. No queremos que se maree, ¿verdad? —le oyó decir. Solo esperaba que la aclaración no llegara porque sus pensamientos fueran demasiado transparentes—. ¿Qué tal ahora?

Él seguía sujetándola y ella lo miró con fijeza.

—¿Quién eres? —preguntó sin demasiada cortesía.

—Soy Adam. De momento, vale con mi nombre.

—Bien, Adam. —Diana empezaba a controlar la situación—. ¿Qué haces en mi laboratorio?

Él soltó una carcajada ronca y profunda. La mujer acababa de sufrir un accidente o de ser agredida, eso estaba por descubrir, y ella se preocupaba por su laboratorio.

—Buena pregunta, señorita Manetti —contestó con diversión—, pero siento sacarla de su error. Es «mi» laboratorio.

—¿Cómo que es tu laboratorio?

Vaya conversación tan extraña. Dos desconocidos, sentados en el suelo, discutiendo por la titularidad del lugar en el que se encontraban. Lo cierto era que estaba mejor y que ese no era el sitio más adecuado para hablar.

—¿Nos levantamos y seguimos charlando dentro? Debería contarme cómo ha llegado a esta situación.

—¿Por qué? —espetó ella con cara de pocos amigos, mientras se ponía en pie con su ayuda.

—¿Por qué, qué? —Seguía divertido con su actitud belicosa.

—¿Por qué te tengo que contar lo que ha pasado? —replicó, tuteando a su salvador—. ¿Cómo sé que no has sido tú quien me ha golpeado.

—Así que la han golpeado —aseveró él, poniéndose serio.

Diana levantó la cabeza para mirarlo. ¡Vaya! El ángel, mejor dicho, Adam era bastante alto y eso que ella superaba la media. ¡Qué bien! Por si fuera poco tenía que mirar hacia arriba, se dijo con fastidio.

—Sí. Oí ruido, salí a ver qué pasaba y... —se encogió de hombros— lo primero que vi al despertarme fue al ángel.

—¿El ángel? —preguntó extrañado. O la científica estaba loca de verdad o el golpe en la cabeza la había trastornado. Pensaría en la segunda opción.

—Perdona, quería decir que eres lo primero que recuerdo desde el golpe.

—Entonces, tendremos que llamar a la policía.

Por segunda vez en esa noche, ella lo detuvo con el teléfono en la mano.

—¿Me dirás de una vez quién eres y qué haces aquí?

—Soy Adam Howard, el dueño de Pharmaceutical Industries. —La miró y le aclaró lo que parecía no entender—. Soy tu jefe.

—Ya. —Fue lo único que respondió mientras soltaba el aire.

Capítulo 2

Sentada en el cómodo sofá del despacho del director, con una bolsa de hielo apoyada en su nuca, Diana observaba la actividad que se desarrollaba a su alrededor. En su opinión, era innecesaria pero el superjefe había insistido en llamar a la policía y, al fin y al cabo, él mandaba. También había movilizado a Armiñana, el director, y a Gálvez, el jefe del laboratorio, quienes pululaban por la estancia sin saber muy bien qué se esperaba de ellos. Laura, la secretaria del director, asistía como mera espectadora a todo aquel trajín.

La policía le había hecho todo tipo de preguntas, del derecho y del revés, para ver si sacaban alguna información, cosa del todo inútil porque ella no sabía nada. Repitió una y otra vez que había oído un ruido, había salido a investigar y al llegar a su despacho, lo vio todo revuelto. Recordaba su enfado y nada más.

En ese momento, uno de los dos inspectores de policía hablaba con Armiñana, quien se retorció las manos con nerviosismo. No, él no estaba en el edificio. No. No creía que hubieran robado nada, allí no había nada de algún valor. «¿Qué no había nada de valor? ¡Venga hombre!» Diana recordó cómo había empezado todo.

Diana cerró la puerta de un golpe y se apoyó contra ella. Estaba furiosa.

Sus ojos, de color azul oscuro, en ese momento eran del negro más duro y desprendían chispas que, de haber podido, habrían arrasado todo cuanto la rodeaba. Paseó la mirada por el cuartucho que ella llamaba «su despacho».

Era una habitación diminuta. Un ventanuco, casi pegado al techo, dejaba pasar un haz de luz natural, imprescindible para que la planta, que colgaba de la repisa de la última estantería, sobreviviera. Los muebles eran simples: una sencilla mesa de madera pegada a un lateral y unas estanterías que cubrían las paredes libres. En lo único que habían invertido dinero era en el cómodo sillón, donde pasaba muchas horas sentada, y en su equipo informático, un ordenador de última generación, necesario para realizar bien su trabajo. Ahí, la empresa no había escatimado en gastos porque si sus investigaciones tenían éxito, las ganancias serían exorbitantes.

En días como aquel, se decía a sí misma que no tenía que aguantar que la trataran de forma humillante, por muy superiores que fueran. Siempre que quisiera, podría volver a dar clases en la universidad. Además, sus padres le habían dejado el dinero suficiente para vivir muy bien. Sus padres. Precisamente por eso estaba allí y aguantaba lo que aguantaba. Trabajando en aquel laboratorio tenía la oportunidad de investigar y encontrar un remedio, un medicamento, o varios, que ayudarían a enfermos, que padecían la misma enfermedad que su padre, a tener calidad de vida y, por qué no, a curarse. Durante años lo vio deteriorarse sin poder hacer nada. Aquella enfermedad que había aparecido con un leve temblor en una de sus manos, terminó por acabar con él, si no de forma directa, si con sus secuelas.

Diana decidió estudiar farmacia y siempre supo que quería dedicarse a la investigación. Por eso trabajaba en aquel cuchitril y aguantaba a aquellos impresentables, como su compañero, porque aquel laboratorio farmacéutico le proporcionaba todo lo necesario para lograr su objetivo. Durante meses había investigado con los efectos de la nicotina sobre los enfermos de Parkinson y esa tarde había encontrado algo muy interesante. Dejó sus notas sobre el banco en el que trabajaba y literalmente corrió a ver al director. Cuando ambos volvieron, su compañero y jefe inmediato tenía los datos en la mano e informó de ellos al supremo como si el descubrimiento fuera suyo. Aquel majadero engreído se había apuntado el tanto con una cara dura impresionante. «Al infierno», se dijo, que se quedara con los laureles pero que le devolviera sus notas.

De pronto, aquel ambiente se hizo agobiante; las paredes parecían avanzar hacia ella como si quisieran tragársela. Tenía que salir de aquel medio oprimente, quería irse a su casa y perder de vista a todo y a todos. Vivía a unos quince kilómetros al sur de allí, junto a la playa, en el hogar que había compartido con sus padres hasta su muerte. Después de quedarse sola, la había reformado por completo y la había convertido en un espacio acogedor, con un estilo moderno, muy diferente de lo que había sido hasta entonces. Aquel era el único sitio donde podía ser ella misma y despojarse de todas las caretas que usaba para protegerse del mundo. Sin esperar un segundo más, antes de que las paredes la aplastaran, agarró su bolso y su abrigo y escapó.

Diana condujo hasta su casa, situada en un pequeño pueblo de la costa. Disfrutaba de las ventajas de vivir en un sitio pequeño y a la vez estaba cerca de la ciudad en la que trabajaba. Era un pueblo de pescadores que, en la actualidad, vivía casi de forma íntegra del turismo. Enfiló el camino de acceso y accionó el mando a distancia para que se abriera la puerta del garaje. Bajó del coche y miró alrededor. Había capacidad para otro vehículo, pero desde que su padre dejó de conducir, solo entraba allí el suyo. Sus ojos se detuvieron en una silla de ruedas; aún no se había deshecho de ella. Algún día la llevaría al hospital por si alguien la necesitaba. Movi6 la cabeza, queriendo espantar recuerdos dolorosos, y se dirigió a la puerta de acceso a la cocina. Nada más entrar, sintió que los problemas quedaban fuera. En aquel lugar se sentía a salvo. La estancia era rectangular y bastante grande, con un amplio ventanal y una puerta que daban al jardín. Era una zona agradable, llena de luz y color. Los armarios, color berenjena, contrastaban con las encimeras y los electrodomésticos en blanco. Sonrió. Si su madre la viera, pondría una cara de horror digna de ver. Era más una mujer de muebles de roble que de decoraciones vanguardistas. Dejó la cartera sobre la mesa y abrió el frigorífico. Una mueca de disgusto apareció en su rostro. Estaba vacío. Una ensalada y algo de queso tendrían que ser suficientes para cenar. Al día siguiente tocaría compra.

El timbre del teléfono rompió la paz que la rodeaba. Con un gesto de impaciencia se dirigió al aparato colgado de la pared.

—¿Diana? —La voz del director del laboratorio le recordó el motivo por el que estaba en casa tan temprano.

—Soy yo.

—¿Estás bien? —Era una pregunta amable, hecha por un hombre que no lo era tanto. Luis Armiñana dirigía el laboratorio con mano de hierro, y que él en persona la llamara era, cuanto menos, extraño.

Contestó con un escueto sí. No se imaginaba qué podría querer de ella como para llamarla a casa.

—No me lo has parecido tanto cuando saliste esta tarde del laboratorio.

—Luis, no tengo muchas ganas de hablar del asunto.

—Antonio no ha tenido nada que ver con el descubrimiento, ¿verdad?

La pregunta directa la sorprendió y lo que más llamó su atención fue descubrir que Antonio, su jefe inmediato, estuviera más calado de lo que él podría suponer. A pesar de todo, debía mostrarse prudente. Aunque fue Armiñana quien se encargó de contratarla, no sabía si le podía decir con toda claridad que su superior era un caradura que se beneficiaba del trabajo de sus empleados.

—¿Por qué preguntas eso? ¿Sabes algo? —respondió a su vez con otra pregunta.

La impaciencia pareció flotar a través de la línea telefónica.

—Diana, no insultes mi inteligencia. Os conozco a todos, y Antonio no sabía explicar qué había descubierto mientras que tú has descrito el proceso paso a paso.

—Entonces, ¿por qué has permitido que quedara como una tonta? —preguntó enfadada.

—No has quedado como una tonta porque no lo eres —la defendió— pero todavía no quiero enfrentarme a él.

Ella guardó silencio. No sabía qué decir.

—¿Es verdad lo que nos has explicado esta tarde? ¿Podríamos aprovechar la nicotina en el medicamento?

Bueno, parecía que estaba interesado y que tenía la suficiente cabeza para preguntar a la persona adecuada.

—Tendría que hacer más pruebas y, sobre todo, puesto que la fase del estudio preclínico ha sido un éxito, me gustaría probarlo en pacientes humanos.

Él pareció pensarlo unos segundos.

—Está bien. Pediré los permisos necesarios a la AEMPS. En cuanto tenga algo, podrás empezar.

—Gracias —se limitó a decir.

—Gracias a ti —replicó él. Si esto funciona, además de mejorar la vida de muchas personas, nos vas a hacer muy ricos.

Ella prefería no pensar en el dinero. Sabía que un descubrimiento como aquel despertaría envidias y movería millones, pero ese no era su problema. De eso se encargaban otros.

—Mañana hablaremos.

—Mañana no voy a ir —dijo sorprendiéndose a sí misma—. Creo que me he ganado un día libre. —Y no le apetecía ver la cara del idiota de Gálvez. Le dejaría que se explicara él solito.

—De acuerdo —aceptó el director—. Un día. —Y cortó la comunicación.

Diana colgó con satisfacción. Se había apuntado un tanto ante el director de su empresa, y tenía un día de vacaciones para hacer lo que le viniera en gana.

Un portazo la llevó de vuelta al presente. Por lo visto, y a juzgar por el golpe, alguien había salido del despacho bastante mosqueado. Debía de ser Laura porque ya no se encontraba en la estancia. ¡Qué raro! Era una chica bastante comedida, se dijo sin dejar de observar con curiosidad lo que allí se desarrollaba. El inspector estaba en esos momentos con Gálvez, quien decía no saber nada.

«¡Mentiroso!»

Lo miró con los ojos entrecerrados. Él no le habría golpeado, pero sabía mucho sobre su investigación y estaba ocultando que le había robado su idea. No soportaba verlo. Se levantó e hizo un amago de querer salir pero Adam le hizo una seña para que volviera al sofá. Ella se volvió a sentar pensando en que el señor Ángel era un poco mandón. Manejaba a toda aquella gente como si fuera el rey y ellos sus súbditos, y lo curioso era que todo el mundo obedecía sin la más mínima vacilación. Lo vio despedir a los dos inspectores con un apretón de manos al mismo tiempo que prometía darles toda la informa-

ción que necesitaran. Después habló unos minutos con sus empleados y, literalmente, los mandó a casa.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó con su marcado acento inglés.

Diana había empezado a acostumbrarse a esa cadencia, incluso le gustaba.

—Sí —contestó manifestando un poco el cansancio que en realidad sentía—. Solo quiero irme a casa.

—Está bien, recoja sus cosas —dijo casi como una orden—. Yo la llevaré.

Ella se irguió y lo miró de frente.

—No es necesario. Puedo ir sola perfectamente.

Él levantó las cejas en un gesto interrogante.

—No lo dudo, pero voy a llevarla.

—Señor Howard, solo me duele un poco la cabeza. Soy capaz de llegar a mi casa.

Los ojos dorados lanzaron un destello, no sabía si de impaciencia o de enfado. Mister jefe no debía de estar muy acostumbrado a que le llevaran la contraria.

—Señorita Manetti, usted es mi empleada, la han agredido en mi empresa y me voy a asegurar de que llega a su casa sana y salva. —Su tono no admitía réplica.

Diana lo fulminó con la mirada. ¡Vaya con don atractivo! Cada vez tenía menos de ángel y más de demonio.

Adam observó todas las emociones que pasaban por el bonito rostro de la investigadora, que, por otra parte, no se ajustaba nada al modelo que uno podía tener de un científico. La verdad es que la mujer era un poco exasperante, parecía que independencia fuera su segundo nombre. ¡Demonios! Solo quería llevarla a su casa, se sentía responsable de ella. Recordó su conversación con Armiñana y cómo había decidido tomar cartas en el asunto.

Adam Howard se detuvo delante del gran ventanal situado tras su sillón. Desde allí podía ver el mítico puente de Londres. Ese mediodía, la niebla se había levantado y se podía ver con total nitidez. El sol, que raras veces brillaba en la ciudad, arrancaba destellos de su estructura metálica como si quisiera atraer

la atención sobre aquella maravillosa creación de la ingeniería humana. A pesar de sus problemas, todavía era capaz de admirar algo bello. Aunque estuviera acostumbrado a verlo, siempre era un placer hacerlo. Su figura se erguía en toda su imponente estatura. Con las manos en los bolsillos y con las mangas de la camisa enrolladas hasta el codo, emanaba fuerza y poder. Así lo encontró su secretaria cuando entró para decirle que su llamada a España estaba lista. Él le dirigió una sonrisa de agradecimiento y se sentó en el sillón antes de levantar el auricular.

—Buenos días, Armiñana —saludó en español con un leve acento extranjero—. ¿Cómo va el asunto del Parkinson?

Sabía que había una doctora en el laboratorio que había hecho un descubrimiento potencialmente importante. Si conseguían fabricar un medicamento contra esa enfermedad, su empresa recibiría un espaldarazo importantísimo en la comunidad científica.

—La señorita Manetti se ha tomado el día de vacaciones. Mañana volveremos a repararlo todo —explicó el director de España.

—¿Vacaciones? ¿Está loca? No le pago para que se vaya de vacaciones en un momento como este. —Levantó la voz hasta casi gritar por el enfado. No podía creer que la señorita no sé qué estuviera tan tranquila en su casa con la cantidad de trabajo que se les venía encima.

—Verá, señor Howard —el español sonaba algo vacilante—, hemos tenido algunos problemas y Diana ha pasado momentos duros. Necesitaba descansar y, con sinceridad, creo que se lo merecía. Hace meses que no disfruta ni de un día libre, incluso ha trabajado sábados y domingos.

Armiñana la defendió. Manetti era trabajadora e inteligente y había hecho mucho por la empresa. Se merecía descansar por mucho que al dueño le sentara mal. Ese era su problema. Pero Adam ya tenía la cabeza en otra cosa.

—¿Qué tipo de problemas? —quiso saber.

El otro hombre dudó al otro lado de la línea. Al final decidió hablar claro.

—Alguien ha intentado atribuirse el descubrimiento y Diana no se lo ha tomado muy bien.

—¿Cómo sabe que ha sido ella la descubridora?

—Primero, porque los conozco a los dos, y segundo porque era ella quien llevaba el peso de la investigación y la única que ha sabido responder a mis preguntas sin consultar las notas ni una sola vez.

Howard se sintió molesto con aquella situación. Si él tuviera una idea y alguien se la robara, haría algo más que tomarse un día de vacaciones.

—Si sabe cómo están las cosas, ¿por qué no despide al plagiador? —Para él era la solución perfecta.

—Porque es el jefe del laboratorio y sabe demasiado. En este momento prefiero que piense que me lo he creído y mantenerlo vigilado. Cualquier filtración sería nefasta para nosotros.

Adam asintió en silencio, aunque el otro no pudiera verlo. Era una decisión inteligente. Por eso lo había contratado como director, porque sabía estar a la altura de las circunstancias. Después de un rato más en silencio, tomó una decisión.

—Luis, siga con su plan. En un par de días voy a ir a España y hablaremos. También quiero conocer a nuestra doctora.

Después de una cortés despedida, volvió a llamar a su secretaria y pidió que le trajera toda la información que tuviera de la señorita Manetti y del jefe del laboratorio de la sucursal española.

Él parecía haberse olvidado de ella así que Diana decidió hacer un último intento.

—Mi coche. Lo necesito para venir mañana.

—Venga en taxi, la empresa se hará cargo del gasto.

Ya no tenía más excusas ni ganas de pelear con aquel tipo tan obstinado.

—Está bien. —Hizo un gesto de asentimiento. Salió sin dejarle decir una palabra más. Él la siguió hasta su despacho, donde se quitó la bata. Los ojos de Adam se estrecharon un poco, como si así enfocara mejor. La prenda que acababa de quitarse había ocultado todas sus curvas, y estas se mostraban ahora resaltadas por una camiseta de color negro con detalles turquesa y azul oscuro en los hombros, codos y puños. En el

centro aparecía una cantante de rock en los mismos tonos, que resaltaban sus ojos hasta hacerlos todavía más claros. Una prenda desenfadada que coordinaba de forma perfecta con sus vaqueros. Un punto más para la científica que no lo parecía. Después se quitó los zapatos de suela de goma y se calzó unos botines de piel, que había sacado de un pequeño armario. Se dirigió hacia él y le preguntó con cierta diversión en su expresión.

—¿Me permite?

Él no se había movido de la puerta, seguía observándola con la boca casi abierta. Al darse cuenta de que le hablaba, dio un paso hacia atrás para que ella pudiera descolgar un chaquetón de cuero forrado y una pequeña mochila del mismo material. Se la colgó al hombro y sin terminar de vestirse apagó la luz.

—Cuando quiera, nos vamos.

Sin esperar a ver si se ponía en marcha, se dirigió hacia el ascensor con pasos largos y seguros. Adam pareció salir de su especie de trance y tuvo que correr para alcanzarla.

—¿Se ha traído el coche de casa? —preguntó ella en tono burlón cuando llegaron al aparcamiento.

—No ha sido necesario —respondió, ignorando la burla—. He alquilado uno en el aeropuerto.

—¿Y se atreve a conducir por el lado contrario al habitual?

Estaba claro que lo estaba provocando. La muchacha parecía luchadora, no se rendía con facilidad. Esta vez, sí sintió deseos de contestarle en el mismo tono y no se reprimió.

—¿Se atreve usted a viajar conmigo cuando no estoy acostumbrado a conducir por la derecha?

Ella abrió la boca para decir algo pero volvió a cerrarla sin decir nada. No iba a seguirle el juego. Estaba demasiado cansada y perdería. Y a ella no le gustaba perder, ni siquiera ante el jefe de los ángeles. Se limitó a continuar aquella conversación.

—Vivo a unos veinticinco minutos de aquí, va a invertir un buen rato en asegurarse de que llego bien. Podría habérselo ahorrado —replicó, volviendo al tema que la molestaba.

—Déjelo ya, Manetti. Dije que la iba a llevar y voy a hacerlo. Indíqueme el camino.

Diana obedeció resignada. De vez en cuando le decía por dónde debía ir y se limitó a permanecer callada y a observarlo en silencio.

En los cuatro años que llevaba trabajando para el laboratorio, nunca se había cruzado con él. No sabía si era la primera vez que venía a España o simplemente ella estaba fuera de su radar. Siempre estaba encerrada en su laboratorio y salvo Laura, la secretaria de Armiñana, con quien se llevaba muy bien y el director mismo, no tenía mucho trato con el resto del personal que no compartía espacio con ella.

Miró a hurtadillas a su chófer y pensó que era un mandón, pero un mandón muy guapo. Su acento extranjero y su sonrisa tenían un efecto contundente ante las personas que lo trataban, aunque el rasgo más llamativo eran los ojos. Ese color dorado atraía como un imán a una ralladura de hierro.

—¿Es la primera vez que viene a Vigo?

Él pareció recordar que iba acompañado.

—No —contestó—. Al principio, cuando abrimos aquí la sucursal de la empresa, venía mucho, incluso viví una temporada en la ciudad. —Eso explicaba la facilidad con que se movía en coche—. Después, cuando todo empezó a funcionar, espacié mis viajes.

—No le había visto nunca. —Sonó casi a una acusación.

—Ni yo a usted. Rectifico. La he visto una vez en una fotografía. Su expediente está en mi oficina.

Así que don mandón había hecho los deberes, pensó sintiéndose algo molesta. Sabía que trabajaba para una empresa extranjera pero siempre trataba con Armiñana y no había sido consciente de que su contrato lo había firmado otra persona. La que tenía a su lado en ese momento. Lo miró de reojo. Le gustaría preguntarle muchas cosas, conocerlo mejor. Sólo sabía de él que era guapo, tenía dinero y éxito y le gustaba controlarlo todo.

—¿Se va a quedar mucho tiempo?

Adam le lanzó una mirada y volvió a concentrarse en el camino. En aquella zona las carreteras eran estrechas e intrincadas, lo que, junto con la oscuridad, las volvía peligrosas. Diana Manetti estaba sentada a su lado como si se hubiera tragado un sable. No conseguía que se relajara en su presencia. La había

visto con sus compañeros y con ellos no era tan estirada. Solo con él se mostraba esquiva y con la guardia levantada.

—¿Te estorbo? —le preguntó, tuteándola a la vez que la provocaba—. ¿Quieres que me vaya ya?

Ella se encogió de hombros.

—Es su empresa. Puede quedarse todo el tiempo que quiera.

La chica era de verdad exasperante. Atractiva, pero exasperante. Una listilla.

Siguió sus indicaciones hasta detenerse ante una casa de planta baja rodeada por una verja. Estaba enclavada en medio de una parcela de unos quinientos metros, junto a otras similares. Le pareció adivinar que la parte delantera daba al mar. Se sorprendió de que alguien tan joven viviera en un lugar como aquel.

—Bonito sitio —comentó antes de que ella saliera del coche.

—Sí. Es bonito y tranquilo, y el trabajo no llega hasta aquí. Solo le faltó decir, «hasta este momento».

Adam entendía ese deseo de separar una cosa de la otra. Si el trabajo se metía en el hogar, no había manera de desconectar nunca. Él también procuraba mantenerlos separados y respetaba a quien quería hacerlo, pero con la señorita independiente iba a ser muy difícil porque esperaba mantenerla bajo una estrecha vigilancia. Era guapa, inteligente y al parecer bastante complicada. Un reto al que no iba a rendirse. Durante el tiempo que estuviera en España, iba a intentar conocerla muy bien.

—Bueno —desplegó una agradable sonrisa—, lo de hoy no ha sido trabajo, más bien un acto de buen jefe.

—Se puede ser un buen jefe sin prestar a los empleados un servicio personal de transporte.

Seguro. Él nunca había acompañado a un trabajador de la empresa a su casa pero aquel era un caso diferente. Nunca había encontrado a ninguno tumbado en el suelo y desde luego ninguno tenía el aspecto de la señorita científica.

—¿Vives sola? —El cambio brusco de tema pilló desprevenida a Diana, quien en un primer momento estuvo a punto de mentir. Luego pensó que él se enteraría más bien antes que después y quedaría como una tonta.

—Sí —fue su lacónica respuesta.

Él se puso en movimiento a la vez que decía:

—Bien. Vamos. —Y salió del coche.

Diana lo miraba con una mezcla de alarma y asombro.

¿Dónde pensaba aquel desconsiderado que iba? Parecía dispuesto a meterse en su casa sin el más mínimo atisbo de timidez o delicadeza. Seguía actuando como el amo y señor del universo.

—¿No piensas salir del coche?

Había abierto la puerta del acompañante y esperaba a que ella abandonara el vehículo. Lo miró con cara de pocos amigos, salió y se irguió en toda su estatura.

Adam observó la postura de la investigadora. No había que saber mucho sobre lenguaje corporal para saber que estaba enfadada y que estaba a punto de volver a desafiarle. Aunque aquella actitud fuera algo irritante, le otorgaba cierto atractivo que no podía pasar por alto.

—Y ahora querrá pasar. —Su tono combativo evidenciaba que como se le ocurriera decir que sí era capaz de mandarlo a paseo.

—¡Por supuesto!

Ella le lanzó una mirada incendiaria y se dio la vuelta para ir hacia la casa.

—¡Espera! —requirió él a la vez que la seguía—. ¿Has pensado que la persona que te ha atacado podría estar dentro esperando para completar su trabajo?

Diana se detuvo de golpe y se dio la vuelta. El encontronazo fue inevitable. Ella no sabía que estaba tan cerca y él no sabía que la mujer se iba a parar en seco. Ambos se tambalearon. Adam estiró los brazos para sujetarla dejándolos a una distancia mínima. Él observó cómo las mejillas de ella se coloreaban, quizá debido a la excitación provocada por su proximidad y ella vio que las pupilas de él se dilataban hasta cubrir una buena porción del dorado de sus iris. Se mantuvieron la mirada durante unos instantes y después, como movidos por un resorte, se separaron a la vez.

—Lo siento —se disculpó ella—. No sabía que estaba tan cerca. —Después, sin darle opción a nada más preguntó con desconfianza—: ¿Usted cree que estará dentro?

—No lo sé, pero voy a averiguarlo antes de que entres.

—Estaba resuelto a protegerla. No entendía muy bien los sentimientos que provocaba en él, pero el de protección era uno de ellos. Quizá por las circunstancias en las que la había conocido.

Ella le dio la llave y le dejó el paso libre sin protestar. Sus hombros se inclinaron un poco hacia delante en señal de abatimiento. No le gustaba perder las batallas pero aquella estaba perdida de antemano y tenía miedo de que él tuviera razón. Un golpe en la cabeza por noche era suficiente.

Capítulo 3

Adam fue el primero en entrar en la casa. La luz procedente de la ventana le permitió distinguir que accedían por la cocina. Ella entró después de él y le dio al interruptor de la luz. La estancia quedó iluminada. La decoración en blanco y berenjena llamó la atención del hombre, quien, sin saber por qué, esperaba algo más clásico. Un ventanal, justo frente a la puerta, atrajo su atención. Se dirigió hacia él para comprobar que estaba bien cerrado. No había dado dos pasos cuando un agudo pitido le dejó desconcertado durante algunos segundos. Con una sonrisa de suficiencia bailando en su boca, Diana marcaba unos números sobre un teclado fijado a los azulejos, junto a la entrada, y el ruido cesó. Él se dio la vuelta con un gesto socarrón y la miró de arriba abajo. Ella apenas se había movido desde el momento en que habían entrado.

—Así que tienes alarma. Muy buena idea. Sí, señora.

La mujer cambió el peso de una pierna a la otra en señal de inquietud. No le apetecía nada tener a aquel hombre en su cocina. Desestabilizaba por completo el equilibrio conseguido con mucho esfuerzo. Su seguridad y su encanto la afectaban demasiado. Aun así, consiguió mostrarse sarcástica.

—Soy científica, no tonta. La alarma fue lo primero que instalé cuando arreglé la casa.

Él seguía curioseando y contestó a la vez que se dirigía hacia una puerta cerrada:

—Nunca he insinuado que lo fueras, señorita Manetti. Y veo que eres previsor.

Abrió la puerta y asomó la cabeza para ver que al otro lado había un salón. Esta vez fue él quien encendió la luz. No había